

VIGILIA PASCUAL

En verdad, hermanos y hermanas, ¡qué noche tan dichosa! esta de la Vigilia Pascual. No es sólo ni tanto por la belleza de los ritos litúrgicos, que, sin duda, están cargados de gran hermosura y ensanchan el corazón del hombre, lo llenan de alegría y de paz serena. Sino, sobre todo, porque como se ha cantado en el Pregón Pascual es una "noche santa", "en la que se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino". Junto al nuevo fuego bendito y la luz del cirio, que representa a Cristo, Luz de los hombres, hemos escuchado y meditado la gran promesa, contenida en el Antiguo y en el Nuevo Testamento: la nueva creación, la gran e irrevocable liberación de la esclavitud del pecado y de la muerte y la donación de un corazón y de un espíritu nuevo que nos haga caminar junto a Dios cumpliendo sus preceptos y secundando sus costumbres, siempre de amor y de misericordia.

Toda esta promesa se ha cumplido con creces en el anuncio del gran acontecimiento, en el hecho real acaecido, que llena de luz y de esperanza toda la tierra: el hecho de que Jesús ha resucitado glorioso y vive para siempre triunfador de la muerte. Cristo, luz de la humanidad, despeja las tinieblas del corazón y del espíritu e ilumina a cada hombre que viene a este mundo. Cristo ha resucitado verdaderamente, la muerte ya no tiene poder sobre Él. Con su muerte ha vencido el mal para siempre y ha donado a todos la vida misma de Dios, que no sólo no perece jamás, sino que, sobre todo, está llena de su amor.

Ahora podemos comprender en verdad el misterio de la Cruz: Dios crea prodigios incluso en lo imposible, para que sepamos que sólo Él lo puede hacer; de su muerte procede nuestra vida, de su caída nuestra resurrección, de su descenso nuestra elevación. Las divisiones, los sufrimientos y los dramas de la injusticia, el odio y la violencia, la mentira, la oscuridad que existe en el mundo, el mal y el pecado que nos dominan, en definitiva, no tienen la última palabra. Porque quien vence es Cristo, crucificado y resucitado. Y su triunfo se muestra con la fuerza de su amor misericordioso. La resurrección de Jesucristo nos da esta certeza. Sostenidos por ella, vivificados por ella, podremos andar en una vida nueva, con un corazón nuevo, como hombres nuevos, y así comprometernos con más decisión y valentía, con mayor entusiasmo y confianza, para que nazca un mundo nuevo, un mundo más justo.

En esta noche santa escuchamos el relato evangélico en el que un ángel les dice a las mujeres que iban al sepulcro de Jesús -y también nos lo dice a los hombres de hoy, a sus discípulos-: "No temáis; ¡buscáis a Jesús, el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Mirad el sitio donde lo pusieron. Ahora id a decir a sus discípulos y a Pedro: 'Él va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis como os dijo". Jesús no está en el sepulcro. La losa con la que habían sellado su tumba para que ya no se hablase más de Él, para que todo acabase allí, para que todo quedase en un pasado que se lo lleva el olvido con el tiempo, esa losa ha sido corrida y el sepulcro, la tierra, que lo aprisiona y sujeta se ha abierto, no ha podido contener al que es la Vida, al que es el Amor, al que es la Verdad, al que vive, al que es el "sí" de Dios al hombre.

Esta noche santa está ligada al Bautismo, por el que resucitamos con Cristo a una vida nueva por el Bautismo, en efecto, morimos al pecado "de una vez para siempre", y nuestro vivir comienza a ser "un vivir para Dios, en Cristo Jesús". Para el bautizado comienza a ser realidad cierta que su vida, es Cristo, porque su vivir es un vivir en Cristo y desde El; comparte su misma vida con El la vida divina de Cristo glorificado-, está unido a El por una resurrección como la suya. El gozo del Bautismo es el gozo de una vida llamada a vivir la perfección en el amor, el gozo de una vida santa. En efecto, como nos recuerda el Papa San Juan Pablo II en su Carta "Al comenzar el nuevo milenio", "el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación del Espíritu" (NMI 31). El bautizado, por eso, ya no puede "contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno, '¿quieres recibir el Bautismo?', significa al mismo tiempo preguntarle, '¿quieres ser santo?' Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña 'Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial" (NMI 31). Esto llena de gozo, colma de alegría y hace rebosar de esperanza.

Para algunos de nuestros hermanos, dos adultos y seis niños, esta noche santa de la Vigilia Pascual va a estar unida a la recepción del sacramento del Bautismo. Los dos adultos, además, van a recibir también los otros dos sacramentos de la iniciación cristiana la confirmación y la Eucaristía. Su dicha consiste en haberse encontrado con Jesucristo; y poder vivir la misma vida de El; a partir de ahí, como Pablo, todo pueden estimarlo como basura y pérdida; más aún, todo lo demás se les dará por añadidura. Su alegría y felicidad es también la de todos nosotros. Alegría especialmente intensa en sus seres más queridos, sus familias, y en los que les han acompañado en el camino de la fe.

Para todos los ya bautizados, esta noche es noche de dicha dichosa y de alegría sin fin, porque la celebración de esta solemnísimas Vigilia Pascual lleva consigo la renovación pública ante la Iglesia y con la Iglesia de la Fe profesada en el día de nuestro Bautismo y la renuncia previa a Satanás, a sus pompas y a sus obras, para reemprender con nuevo vigor el camino de la verdadera vida la de Cristo resucitado, el camino de las bienaventuranzas, el camino de la santidad, porque hemos sido elegidos y bautizados en Cristo, para "ser santos e irrepugnables ante El por el amor".

En este momento, ante la realidad del Bautismo, reconocemos que es el hecho más dichoso de nuestra existencia. ¿De qué nos valdría haber nacido a la vida natural, si no hubiésemos tenido la feliz suerte de volver a nacer, con el Bautismo, a la vida sobrenatural? Por el Bautismo hemos sido hechos cristianos. Somos cristianos. Es decir, en palabras de San Pablo somos con Cristo, vivimos en El y por El, que nos ha amado hasta el extremo y nos ha enriquecido con toda suerte de bienes espirituales y celestiales en un verdadero derroche de sabiduría y de gracia para con nosotros.

Elevamos nuestra acción de gracias por la Resurrección de Jesucristo y por nuestra incorporación a su victoria sobre la muerte y el pecado por el Bautismo, al tiempo que presentarnos nuestra plegaria confiada para que nos mantengamos fieles y renueve incesantemente en nosotros el Espíritu Santo la gracia y la vida bautismal, de hijos de Dios. Nuestra acción de gracias y nuestra oración cuenta con la mediación maternal de la Santísima Virgen María, que también se recrea en este gozo de toda la Iglesia, y a la que alabamos y felicitamos con toda la Iglesia "¡Reina del Cielo, alégrate!, / porque el Señor a quien has merecido llevar /, ha resucitado como había dicho. ¡Aleluya! .